

la curiosidad de examinar á los extranjeros que visitaban la ciudad y subió á un terraplen de su parque, donde rodeado de todos los grandes sacerdotes, se dignó echar una mirada sobre nosotros. Aquel dios vivo de carne y hueso era un niño de trece á catorce años, de débil contestura y de enjutas facciones, cuyo tipo

mas parecia indio que mongólico. Su traje se asemejaba de un modo singular al de nuestros obispos católicos. Ceñía una mitra amarilla, llevaba sobre los hombros una especie de clámide ó esclavina de seda violeta recamada de oro y sujeta por delante con un broche de turquesa, empuñando un largo báculo en



Mongoles haciendo sus devociones ante un obo.

forma de cayado. Su córte estaba tambien vestida de seda con recamos de oro y plata, y familiares lamas rodeaban el sagrado grupo, estentando en una mano látigos de cuero para ahuyentar á los profanos y en otra campanillas que agitaban para llamar al recogimiento. En efecto, la multitud de curiosos que nos seguian, se prosternaron con la frente en el polvo, mientras que nuestros carruajes desfilaban al galope, y nuestros cosacs, sin respeto á la magestad divina y real, apenas se dignaron hacer el saludo militar.

Un violento altercado que ocurrió algunas horas despues, me dió idea de la inhumanidad con que los rusos tratan á los pacíficos mongoles: el intérprete de Mad. Balusek, Gombœ, que hablando bien el ruso y habiendo adoptado el traje y costumbres de sus señores, tenia toda la insolencia de un advenedizo, se puso á golpear á uno de los postillones khalhas del carruaje de mi marido, porque el desgraciado no habia podido sujetar á su caballo y en poco estuvo que atropellara nuestra calesa. M. Bourbolon no



Gargantas en los montes Bakka-Oula.

pudo ver á sangre fria tales violencias y se incomodó con Gomboe, mandándole que cesara de castigarlo; pero no comprendiendo éste lo que le decía, permaneció con el brazo levantado como si esperara orden de continuar, hasta que el médico se interpuso y le hizo entender que desagradaban sus brutalidades. Estos pobres mongoles se dejan golpear con una resignación sin igual: podría decirse que han sido hechos para esto. Sin embargo, otra vez habiendo golpeado un cosaco á uno de los ginetes de nuestro carruaje, éste que era un oficial de *glóbulo azul* que se había brindado voluntariamente á hacer el servicio de postillon, se volvió indignadamente, lanzó una mirada hostil al cosaco y dejando el atalaje, desapareció huyendo al través de la estepa.

El camino que seguimos es accidentado, montuoso y difícil por las rocas que lo embarazan. En Kúi, donde almorzamos, el oficial de cosacos se separó de nosotros volviendo á Urga con su tropa. Mr. Schechmarof se empeñó en acompañarnos hasta la estación de Burgaltai, donde habíamos de pasar la noche. Nuestras tiendas estaban de antemano preparadas; de modo que pudimos acostarnos al oscurecer, hora en que llegamos.

El día siguiente presencié una escena que me hizo reflexionar penosamente sobre mi estado. La mujer de un boticario ruso de Kiakhta, acometida en Urga de una grave enfermedad nerviosa, quiso aprovechar la coyuntura de nuestro viaje para volver á la Siberia bajo nuestra protección. En el momento de partir de Burgaltai, se puso tan mala, que fue preciso dejarla en una tienda al cuidado de los mongoles con un cosaco por enfermero. Yo le dejé algunas provisiones, como té y azúcar, no habiéndome puesto en marcha hasta haberme asegurado de que no había peligro inminente. ¡Qué triste posición para una europea verse abandonada en estas soledades en manos de grosera gente con ataques de nervios espantosos! Verdad es que las mujeres siberianas, acostumbradas á viajar con sus maridos, saben sufrir todas las pruebas de la vida aventurera, no tienen miedo á nada y se hacen obedecer de los mongoles, intimidándolos con su carácter varonil. Sin embargo, esta triste aventura me ha preocupado algunos días.»

El 13 de junio salieron de Burgaltai nuestros viajeros á las ocho de la mañana, recayendo al valle de la Tula, ancho ya y magestuoso en este punto por la reunión de los ríos Karu-Ka y Orku que toman ambos sus aguas de los montes Kuku-Dava. El camino siguió durante gran parte de la jornada á lo largo del río, pero poco antes de Haragol, estación señalada para pernoctar, penetraron por las montañas que no habían ya de dejar hasta Kiakhta. En un paso difícil atajado por un círculo de rocas, donde tuvieron todos que echar pie á tierra, los mongo-

les se apresuraron á hacer su devoción delante de un *obo*, célebre en todo el país por su santidad. Este *obo* se componía de dos enormes bloques que representaban groseramente esculpida la imagen de Buda. Llegaron, pues, por medio de gradas hechas en la viva roca al pie del *obo*, donde había sellada una gran urna de granito para quemar incienso: un gran número de pértigas cubiertas de andrajos, de papeles, de banderolas con oraciones impresas, habían sido clavadas en derredor á fin de recibir las ofrendas de los devotos que suelen atar allí bolsas con dinero y objetos de metales preciosos. Los de la escolta se contentaron con prosternarse humildemente y dejar colgados en las pértigas algunos girones de sus pellizas. Los mongoles son devotos, supersticiosos y tan dados al culto exterior, como indiferentes los chinos. En Pekín están atestadas de riquezas las lamaserías, mientras que los *bonzos* se ven obligados á mendigar. Los *obos* no son otra cosa que altares al aire libre consagrados por lamas célebres. No se hacía una jornada en la *Tierra de las Verbas* ni en el desierto de Gobi sin que los viajeros encontraran alguno de estos montones de tierra santa decorados con ramas secas de árbol y trapajos. Todo fiel budista está obligado á hacer su plegaria ante estos altares; así que todas las noches á la hora de acostarse, los mongoles de la escolta se agrupaban alrededor de un *obo* improvisado y salmodiaban en coro himnos ó letanías, cuyo ritmo lento y grandioso no dejaba de producir honda y misteriosa impresión en medio del silencio y soledad del desierto.

A medida que se adelanta hácia los montes Bakka-Ula, se hace mas impracticable el camino: entre Baingol y Ormukté los viajeros penetraron en profundas y pintorescas gargantas coronadas de bosques de abedules y regadas por una multitud de torrentes que formaban bellísimas cascadas: negras y purpúreas rocas atajaban frecuentemente el paso, y fue menester muchas veces impulsar á fuerza de brazos las carretas perdiendo un tiempo precioso. El país es magnífico: inmensos bosques vírgenes cubren todas las pendientes; árboles seculares desarraigados por el huracán ó rotos por el rayo cubren el suelo con sus despojos; una especie de musgo tan blanco como la nieve se adhiere á los troncos y ramas de los pinabates, desde donde pende hasta tierra en caprichosos festones. Esta planta parásita, que tiene las proporciones de las mas grandes enredaderas, hace el mas gracioso efecto entre el verde oscuro del follaje. El mármol negro jaspeado de verde y rosa, el pórfiro, la ágata, el granito incrustado de mica resplandeciente como el diamante, adornan estas montañas, donde se halla además una gran variedad de piedras preciosas, sardonix, onice, lápiz, topacio, calcedonia y amatistas, que, mal cortadas, es verdad, se venden

á ínfimo precio casa de los cambalacheros chinos de Urga.

La estación de Kuitum, á donde llegaron á las cuatro de la tarde, está situada en el centro de los montes Bakka-Ula á unos 800 metros de altura. Estas altas montañas tienen allí una gran depresión y el paso que dejan es análogo á las gargantas que cortan todas las grandes cadenas. A la orilla de los bosques se ve una faja de pastos donde pacen los ganados pertenecientes á un *ul khalkha* establecido en las cercanías. Los pobres pastores pierden allí diariamente algunas reses, que devoran los lobos, los osos, y al decir de ellos un tigre guarecido en una madriguera impenetrable. Espantados con el esterminio de tan terribles fieras que no osan atacar, los khalkhas se preparaban á emigrar hácia regiones mas seguras. En efecto, estos bosques sirven de guarida á todos los animales salvajes de la comarca; los osos se han multiplicado, los lobos van errantes en numerosas manadas, como los jabalíes, cuyos rastros se ven por todas partes sobre la tierra escarbada: carneros salvajes, revezos, una especie de ciervo llamado *mara*, corzos, antílopes y finalmente la cabra de almizcle, tan apetecida por su bolsa de perfumes, viven aquí con los animales feroces que les hacen una guerra encarnizada.

Entre Kuitum é Iro, en una profunda cuenca por donde corre un torrente, una bandada de buitres calvos y barbudos posados sobre los despojos de los caballos muertos se disputaban ávidamente los restos de carne que arrancaban saboreando su presa: una enorme águila se cernía sobre este asqueroso grupo, proyectando en el fondo del bosque una sombra gigantesca: poco á poco iba bajando en vuelo circular y reposado, y los buitres estiraban sus largos cuellos pelados viendo con inquietud acercarse á la reina de los aires. De repente cayó sobre ellos como una flecha y hubo un ruido de alas y picotazos terribles: después los buitres, á pesar de su número y de su fuerza, huyeron cobardemente, dejando al águila dueña absoluta de la presa.

Fue preciso que los viajeros descendieran por escarpadas pendientes á la estación de Iro, donde no llegaron hasta la noche, cuya oscuridad les hizo pensar con temor en las fieras de que se vino hablando todo el día.

«Iro (1), donde he podido continuar mis apuntes, está situado en un magnífico valle, mas ancho y mas rico que el de Urga. El río Tula traza mil giros y rodeos por medio de los verdes pastos: un gran número de *yurtes* diseminados en la pradera componen el *ul* ó el campamento de una tribu khalkha de cierta importancia, regida por un *taitsi*, que se envanece

(1) Tomamos otra vez el cuaderno de Mad. Bourboulon que ha de guiarnos hasta la conclusión del viaje.

de derivar de Gengis-Khan. A la sazón se hallaba ausente del lugar con una parte de sus súbditos, lo que nos dispensó de la visita y de la hospitalidad que seguramente nos hubiera ofrecido. Sin embargo, como no debíamos partir hasta muy tarde por las reparaciones que había que hacer en los carruajes, fuí á pasearme á pie hasta las cabañas de tierra de los mongoles, muy bien guardadas por cierto; porque perros enormes se lanzaron á mí que no hubiera escapado bien, á no ser por la protección de mis acompañantes. Los ladridos hicieron acudir al dueño, anciano de unos setenta años, y mientras calmaba á sus perros, á voces y latigazos, una multitud de cabezas se asomaban por todos los agujeros de las tiendas, cabezas de mujeres y niños que me miraban con tamaños ojos abiertos. Queriendo expresar mi gratitud al viejo de otro modo mas espresivo que las señas y no sabiendo hablar el mongol nadie de nosotros, tuve la ocurrencia de saludarlo con la palabra *mendu* que había oído pronunciar muchas veces á mis postillones. La ocurrencia fue oportuna, porque el viejo devolviéndome el saludo con una inclinación profunda, me invitó mimicamente á reposar en su tienda y á aceptar el té de hospitalidad. Y yo acepté con mucho gusto, ansiosa como estaba de ver el interior de una vivienda mongólica. La hospitalidad es la virtud de los pastores, virtud sin límites en casa de los khalkhas, donde el extranjero puede y debe sentarse al lado del jefe de la familia, mientras que las mujeres, atentas á sus menores gestos, se aprestan á servirle todo cuanto desea ó á lo menos todo lo que poseen. No dejaba yo de tener cierta aprensión en esta casa porque ya me habían informado de la suciedad y miseria de todas ellas: por otra parte, el imponente aspecto del *yurte*, en cuyo remate de fieltro gris casi nuevo, flotaba una flámula de seda escarlata, y la elegancia relativa de mi huésped, me tranquilizaban un poco. Ya he dicho que parecía septuagenario; era además muy moreno, de ojos vivos, pero vizcos, de cabello gris y de nariz roma. Un largo *kalat* se seda azul turquí, abotonado sobre el pecho, un cinturón rojo con hebilla de plata, botas de escarlata de tacón alto y un gorro de piel de marta componían su traje, bastante suntuoso para que yo tuviera el derecho de creer que era un personaje importante. Precedíame para guiarme y al pasar la puerta tuve que imitar su movimiento, es decir, alzar el pie y bajar la cabeza, por lo bajo del quicio y lo alto del portal.

Héme ya en casa del viejo khalkha: no sé quién estaba mas admirado de los dos. La primera impresión que recibí fue un olor de vituallas, leche aceda y sebo de carnero, tan fuerte que me hizo toser. Estas buenas gentes merecen el nombre que les dan los chinos de *tártaros pestíferos*. El interior de la tienda era elegante aunque sucio; un tupido tapiz de fiel-

tro cubría el suelo; en medio y sobre el hogar había unas trébedes de bronce y sobre ellas una olla de cobre en forma de campana, donde herbia la sopa de té; algunas vasijas de barro cocido, colocadas en un ángulo, contenían leche, manteca y agua; otras llenas de harina, de té y de mijo decoraban el otro extremo; finalmente, en el armazon de la tienda había fijos cuernos de cabron, de ciervo y de antilope, de los cuales pendían en confusión nunca vista cajas de joyas tapices de fieltro, tabaqueras, bolsas borda-

das cuartos de toro y carnero chorreando sangre, vejigas llenas de manteca, quesos de ovejas, armas mohosas, arcos, flechas, lanzas y arcabuces de rueda.

El mueblaje era mas completo que el de los mongoles vulgares: componíase de un canapé relleno de crin y cubierto con un paño rojo bordado de seda; incrustaciones de nácar, láminas de cobre cincelado y sobre todo la forma de este extraño mueble que se asemejaba á un barco, seria un objeto de gran estimación para los aficionados á antigüedades. Había



Pueblo destruido por un terremoto en las orillas del Baikal.

también un armario de pies esculpidos y dividido por anaqueles en que se veían espuestas todas las bagatelas de la toilette femenina; dos mesitas cuadradas servían de altares para los dioses domésticos, es decir, soportaban una pequeña estatua de Buda de madera dorada, libros sagrados envueltos en telas de seda y nueve cálices ó copas de cobre para las ofrendas. No había lechos: esta gente duerme sobre el fieltro de la tienda con una almohada de paja para reclinar la cabeza. Mi atención absorbida en la contemplación de tan raro mobiliario, fue luego atraída por la entrada de dos mujeres jóvenes y ataviadas que tuve por hijas del anciano. Vestían una falda de seda violeta que les caía hasta los pies, calzados de botinas de cuero rojizo con muchos abalorios por adorno; una especie de almilla de terciopelo verde y rojo ajustaba su abultado talle, y su lustroso cabello

caía en una multitud de trenzas adornadas con cintas y granos de coral.

Después de algun tiempo, empecé ya á embarazarme con la gente que llenaba la tienda; la atmósfera además se condensaba y me sentía mal: con que mojé los labios en el espeso té que me ofrecieron y repitiendo con mucha solemnidad la palabra *mendu*, salí con mil y mil saludos de aquella buena gente.

Habiendo cundido la noticia de mi visita, una multitud de curiosos vino á agruparse á la puerta, entre los cuales había muchos muchachos de ambos sexos sin mas vestidos que el barro con que se habían untado el cuerpo. Hendí, pues, la muchedumbre y volví rápidamente á mi campamento, donde encontré ya enganchados los caballos.

Saliendo de Iro se sube por dulces pendientes á una elevada meseta que separa la cuenca del Tula de

la del Salenga: un gran bosque de seculares pinos, tan altos y rectos como las columnas de un templo forma una espesura impenetrable. En medio de una umbría, se oye el silbar del viento, que desgarrado entre el ramaje, produce lúgubres gemidos: por todas partes se ven los vestigios del fuego que sirvió para vencer á aquellos gigantes del reino vegetal; cepas enormes ennegrecidas por el humo aparecen por aquí y por allá semejantes á cadáveres descom-

puestos; los árboles derribados vuelven hácia el cielo sus raíces como descarnados brazos que suplican. Nuestros carruajes, haciendo sin cesar rodeos subiendo y bajando, nos hacían sufrir continuamente violentas sacudidas; en fin, el aire, saturado de vapores esparcía un olor balsámico tan fuerte que todos nos mareamos.

Dos largas horas hubimos de caminar para salir de este bosque que mide 27 *verstas* de longitud; pero al



Vista del lago Baikal.

salir, somos indemnizados por la belleza del panorama que se desenvuelve á nuestra vista, es el gran río Salenga que arrastra sus verdes aguas entre barritas de mica y mármol blanco. Una multitud de islotes plantados de abedules, encinas y sauces, arroyos torrentosos precipitándose en cascada entre las rocas, otro río, en fin, que viene á confundir sus aguas con las de éste, entre montículos de arena amontonada en la confluencia, adornan el primer término de este gran paisaje envuelto en una bruma de vaporosa, mientras que en lontananza las altas montañas de Siberia se destacan en anchas faldas y cúspides agudas

de un bello azul oscuro. Al pie de estas alturas se distinguen como agujas de oro que reflejan los rayos del sol: son las flechas de los campanarios y las doradas cúpulas de la catedral de Kiakhtha. No sé describir la alegría que esperimé al ver surgir del fondo de tan salvajes bosques el campanario de una ciudad, bien que estuviera aun á 3,000 leguas de Europa.

El valle de Salenga forma una llanura inmensa, donde echamos pie á tierra para vadear algunas corrientes, llegando en fin á Guilanov, última estación del país de los Khalkhas y población construida por